

DON QUIJOTE Y EL HONOR

Por Alfredo Vicenti.





DON QUIJOTE Y EL HONOR

SEÑORAS Y SEÑORES:

Grato imperio ejerce sobre mí la amistad con que de antiguo me favorece el presidente de la Sección de Literatura. Así y todo, cuando leí el tema que Navarro Ledesma quería hacerme explicar en uno de los ejercicios de este glorioso novenario, confieso que mi primera intención fué negativa.

Don Quijote y el Honor.

Ahí era nada habérselas con un ente de razón que, á la hora de montar á caballo Don Quijote, llevaba muchos años de pudrir en la huesa.

Pero caí pronto en la cuenta de que el Honor, más que muerto, encantado y en espera de resurrección, yacía incorrupto en el libro de Cervantes, y aceptando gustoso el hilo que me tendían, resolví emboscarme por el laberinto adentro. No en vano profeso en una orden sufridora de trabajos y desfacedora de tuertos, que tiene por principal estatuto defender la verdad, aunque ello cueste la vida.

A la obra me puse, y aquí la traigo.

Válgale al periodista forastero y andante el espíritu generoso de esta casa, más propicia, más liberal y más infanzona que la casa de los Duques.

Sí que pudría en la huesa, á la hora de montar á caballo Don Quijote, el extinto honor castellano.

Había coincidido su ocaso con el amanecer de la Reforma.

Nuestros hidalgos, teólogos todos, vista la imposibilidad de acabar con Lutero, cortaron por lo sano, y negaron redondamente á los herejes lo que durante varias centurias habían prodigado á los gentiles.

Para el luterano desaparecieron de una vez las cortesías, las tolerancias y los miramientos que se otorgaban al moro. A bien que el honor, según lo entendían nuestros abuelos del siglo xv y según lo definimos y hasta lo codificamos los nominalistas de hoy, había sido siempre mucho más moro que cristiano.

Lo trajeron los cruzados, envuelto en gasas de arte, de amor y de poesía. Amortajado en ellas, se lo llevaron consigo los árabes españoles.

Al salir á campaña el hidalgo manchego no quedaba del muerto más que un hijo bastardo, el *Pundonor*, de cuya crianza se encargó una espléndida nodriza. No fué ésta la musa de la novela, siempre amiga del pueblo y de la verdad; fué la musa del teatro, cortesana de todo poder, hinchadora de toda ficción y prendada de toda mentira, desde que la dejó de sus manos el honrado Lope de Rueda.

Trocóse el honor á secas en *punto ó puntillo de honra*.

Aún más veloces que antes saltaron de la vaina los ace-ros; pero no ya para lavar afrentosas manchas, sino para dirimir cuestiones de etiqueta, para resolver competencias de casa de trato ó para ultimar problemas de tafurería.

En dos órdenes de relaciones se manifestaba y se ejercía esencialmente el honor á la antigua usanza. En lo tocante á la mujer y en lo tocante al dinero.

Pues á principios del siglo xvii no privaban del rey abajo más que la tercera, el consentimiento, el peculado y el robo.

De la mujer, de la hermana ó de la hija vivían muchos grandes señores, y de la hermosura familiar se aprovechaban todos para lograr pensiones y títulos y encomiendas.

Por el virreinato de Nápoles, el conde de Lemos, yerno del duque de Lerma, dejó en Madrid á su esposa. Y harto le constaba que el duque pretendía consolidar su valimiento con el rey mediante los buenos ojos de doña Catalina.

Las atrocidades en verso disparadas por el calvatrieno

de Villamediana contra la marquesa del Valle, descendiente de Hernán Cortés, dan testimonio de cómo se respetaba á las damas ilustres.

Cuanto á las mujeres de clase menos elevada, hable por mí Quevedo:

Dícenme, D. Jerónimo, que dices...

Hablen por mí—yo callo para no sonrojar al auditorio— todos los ingenios, eclesiásticos y seculares, que satirizaban, más que indignados, risueños, y que escribían, no en contra, sino á propósito de las ordinarias costumbres.

Peor, si cabe, andaba el negocio en achaques de fraude, de cohecho, de sonsaca y de latrocinio.

Sin vergüenza mendigaba todo el mundo; y sin vergüenza se utilizaba el producto de la mendicidad para granjear honores ó empleos.

¿Qué mucho si el primer mendicante de la nación era el monarca?

Para Felipe III, en el año cuarto de su reinado se hizo una cuestación de puerta en puerta, y fué el mismo Rey quien tasó en 50 reales el *minimum* de las limosnas.

Allá se andaba la Justicia.

Así como en estos tiempos hay sermones, conferencias y pláticas para señoras solas, así en aquellos había para ramerías solas ejercicios cuaresmales. Tenía esta especial misión el dominicano fray Alonso de Cabrera, varón tan insigne por su elocuencia como por sus virtudes.

Véase el párrafo dedicado á la Justicia en uno de sus sermones:

«Dice el Juez: Yo no quiero llevar cohechos, ni en mi vida los llevé; pero ahí están mi mujer y mis hijas, que son damas, y como tales pueden recibir.»

Ante el ruido del oro, no se mantenía firme ni aun el probado catolicismo de Felipe III.

Los judíos conversos de Portugal le ofrecieron un millón y seiscientos mil ducados por un Breve pontificio que los habilitase para los cargos públicos, y aceptado el trato, púsose inmediatamente el rey al habla con Roma. Trabajo le costó, pero al fin obtuvo el Breve. Solo que entonces se

le aumentó la codicia, y en vez del millón y seiscientos mil exigió un millón y ochocientos mil ducados.

Con esto quebró el negocio á causa de que los judíos solicitaron un plazo de cinco años para reunir la enorme suma. Y Felipe desistió porque le necesitaba y quería de presente.

Meses después de salir á la luz la primera parte del *Quijote*, logró Madrid recobrar la capitalidad del reino, que por dineros había sido trasladada á Valladolid el año 1601.

¿De qué modo ganaron los madrileños el litigio? Regalando 250.000 ducados al monarca y unas casas que valían 100.000 al duque de Lerma.

Al mismo son danzaban los magnates.

En la Junta de prelados y consejeros que precedió á la expulsión de los moriscos, habló como un santo el duque de Sessa, amigo y compadre de Lope.

Aludiendo á la sima de su villa de Cabra, dijo á Felipe III, con devota edificación del concurso:

—Yo tengo en mi estado un aposento, donde podremos, si V. M. quiere, alojarlos á todos.

Grandemente festejaron la idea los prelados y los próceres andaluces. Mas he aquí que á los pocos años, D. Rodrigo Calderón, en vísperas de subir al cadalso, denunciaba á algunos de ellos por haber salvado de la prodición, mediante pago de ducados, á millares de moriscos.

Y los asistentes de Sevilla se quejaban del grandísimo número de moros y moras que, por pecunia, se habían quedado en la tierra.

Por algo el implacable Villamediana, al ver cómo rodaba en la Plaza Mayor la cabeza del marqués de Siete Iglesias, afirmó, arrepentido de sus pasados dieterios, que con aquel ladrón se iba al otro mundo el hombre más de bien de la corte de España.

Como en la corte, en la aldea.

En la fachada de la Casa Consistorial de Añover de Tajo, lugar no distante de Esquivias, hubo, cuando Cervantes discurría por aquellas riberas, este letrado famoso:

Hidalgos, galgos y bueyes,
no los consienten mis leyes.

¡El honor! ¿Qué era? ¿En qué consistía? ¿Por dónde andaba cuando montó á caballo su representante póstumo?

Con su deshilachado ropaje, habían disfrazado al *pundonor* ciertos insignes autores de comedias, y por las tablas de los corrales se pavoneaba triunfante la ridícula contrafigura.

Sospecho yo que la inmensa mentira dramática, para la cual hay todavía creyentes, no convenció ni emocionó jamás á los contemporáneos, y que lo que sentía el público del Siglo de Oro, más que nada era profunda y gustosa sorpresa al comparar lo pintado con lo vivo.

Cosa nueva, en verdad, para quienes conocían por sus nombres á los traficantes en mercancía casera, el hallarlos en el teatro lavando á puros golpes de daga las manchas de la honra.

Por añadidura, no era ya el antiguo honor, ni siquiera la eterna y rigurosa pasión de los celos, la fuerza que movía, con arreglo á la voluntad de los pintores, aquellas inauditas contrafiguras. Era una sutil metafísica, una teología secularizada, una especie de religión nueva que, sin tener una docena de fieles, tenía un centenar y más de sacerdotes.

¿Qué casos ciertos, qué hechos reales sirvieron de fundamento ó de asidero á una tan prodigiosa inventiva?

Solo dos menciona la crónica, acaecidos ambos en Sevilla, y no entre gente noble, sino entre sujetos del estado llano. Importa aquí recordarlos, aunque de seguro los conocerá este ilustradísimo auditorio.

El primero fué la única materia prima de que los gloriosos forjadores de tragedias domésticas se sirvieron á fines del siglo xvi y principios del xvii, para convertir una fortuita excepción en cuadro sintético de costumbres sociales.

Los admirables cultivadores del drama sanguinolento y metafísico, tuvieron su solo modelo del natural en el tabernero sevillano llamado Silvestre de Angulo.

Aunque plebeyo el hombre, no miraba lo atañadero á la dignidad conyugal con ojos tan benévolos como los Padillas, los Guzmanes, los Eholis, los Sandovalos y otros ilus-

tres caballeros, para quienes los antojos y enamoramientos del rey eran cosa de derecho divino.

Y menos aún se parecía, según demostró luego, á aquel bravo Juan Lorenzo da Cunha, que, privado de su mujer, Leonor Téllez, por el monarca portugués, anduvo el resto de su vida luciendo en el sombrero dos lindos cuernos de plata.

El tabernero de Sevilla, engañado por la suya, denunció el adulterio, probó la acusación, y obtuvo, con arreglo á la ley vieja, una sentencia que entregaba los adúlteros á su vengador arbitrio.

Conducidos los reos al cadalso, subió tras ellos el marido, ganoso de presenciar la ejecución, y dispuesto á rechazar con clara y terminante negativa cualquier demanda de indulto.

—¡Perdónalos!—gritó angustiada la gente

—¡Perdónalos!—repitieron los frailes agnizantes.

—¡Perdónalos!—suplicaron hasta los alguaciles.

El tabernero, furioso, asió de una daga, y por detrás del verdugo, hirió, rajó, mató y remató á la desventurada pareja.

Enmudeció, aterrado, el concurso que macizaba la plaza de San Francisco.

Silvestre de Angulo avanzó hasta el borde del tablado, miró de hito en hito á la muchedumbre, se descubrió de un manotón, y tiró el sombrero á la plaza, clamando con voz atronadora:

—¡Cuernos fuera!

Pasaba esto casi por los mismos días en que la princesa de Eboli conquistaba para su noble esposo la privanza de Felipe II.

En 1629, y también en Sevilla, un sastre catalán quiso repetir por mano propia el escarmiento, pero mal de su grado hubo de perdonar á sus ofensores.

Tales son los únicos documentos humanos en que fundaron su teatro los dramaturgos de la primera mitad del siglo XVII. Después, se desbordó la sangre é invadió el *pundonor* los cielos y los abismos, gracias á un capitán general de Filipinas, que, imitando á los plebeyos, hizo con

igual coraje lo que, más cuerdos ó menos vengativos, no solían hacer los nobles.

A tal punto y hora, cabalgó en un rocín y salió por la puerta de un corral manchego el último heredero del honor castellano.

Tiempo há que vemos todos, no una personificación, sino una persona en el amador de Dulcinea. En esto se ha adelantado á los pensadores el divino vulgo. Mientras los sabios analizaban y desentrañaban el símbolo, el pueblo reconocía y festejaba al hombre.

Se supone con evidente exageración que millares y aun millones de españoles no han visto ni por el forro el libro de Cervantes. Muchos habrá, en efecto, que no sepan el nombre del creador; poquísimos que ignoren la vida y andanzas de la criatura.

Ocurre el fenómeno, jamás observado en la propia y las ajenas literaturas, de que los mismos que no han leído ni leerán la obra estén completamente familiarizados con el carácter, los hechos, las sentencias y la figura del protagonista.

El honor, el desinterés, la caridad, la independencia, el culto á la justicia, la *ética*, que decimos ahora, viven y sobreviven en *Don Quijote de la Mancha*.

Es vasallo leal y es cristiano sincero; pero en sus relaciones y tropiezos con las dos potestades sólo por su conciencia se guía.

A servir en los barcos del rey van los galeotes, y él los suelta, porque le parece duro caso hacer esclavos á los que Dios hizo libres, y porque sospecha que bien pueden la falta de dineros, la ausencia de favor ó los yerros del juez haber torcido el fallo.

Del rey son los leones, y él manda abrir la jaula, estimando que ni la marca ni la procedencia constituyen bastante garantía.

Cuanto á la Iglesia, ni le convence el ascetismo de los frailes cartujos, ni le atosiga mayormente el verse descomulgado. «También al Cid Rui Díaz le descomulgó una

vez el Papa y anduvo aquel día como muy honrado caballero.»

De las mujeres—y cuidado que las encuentra sospechosas, andariegas, egoístas y ruines—ninguna le parece mala. Desde la moza de trato hasta la encopetada duquesa, todas alcanzan el homenaje de su respetuosa cortesía.

Como no tiene hiel en la sangre, ni conoce de burlas ni entiende de segundas intenciones. Su cólera infantil se disipa en la primera tronada. Sólo persiste algunos minutos frente al eclesiástico, que públicamente le humilla. Una vez, no más que una, asoma á su boca el sarcasmo, cuando sabe que por el delito de alcahuetería, tan común y provechoso en la corte, mandan un pobre diablo á galeras.

En la probidad es único.

Halla Sancho unos escudos en la maleta de Cardenio, y Don Quijote le autoriza para guardarlos. Pero salta allí cerca el *roto*, que es, al parecer su dueño, y Sancho pretende alejarse para no tener que restituirlos.

—Así—dice,—podré poseer los escudos con buena fe, y si por otra vía menos curiosa pareciera el verdadero señor, quizá fuera á tiempo en que yo hubiese gastado ya los escudos, y entonces el rey me hacía franco.

—Engañaste—contesta su amo,—ya en sospecha de quién es el dueño, estamos obligados á buscarle y volvérselos, y aunque no le buscáramos, la vehemente sospecha nos pondría ya en culpa.

Marco Aurelio reconocería por suya esta definición encantadora de la mentira de hecho:—«Las leyes de caballería y el honor mandan que no digamos mentira alguna; pena de relasos y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir.»

No en los fabulosos códigos de Amadises y Esplandianes, en los estatutos de la orden de Malta y de todas las órdenes militares fundadas para la hospitalización y el socorro de los desvalidos, está la ley á que el buen caballero espontáneamente se ajusta.

¿Prometéis—preguntaban los comendadores de Malta á los novicios—de favorecer y tener en particular cuidado á las viudas, á los huérfanos, á los pupilos y á todas las per-

sonas afligidas, angustiadas y dolientes?—Sí, prometo; con la ayuda de Dios.

Para un hombre de la condición moral y espiritual de Don Quijote, no estaba la virtud en la jerarquía del ventero ó del comendador que hacía la pregunta, sino en la voluntad de corazón y de alma del que emitía la respuesta.

«—Desde que soy caballero soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de encantos y de prisiones... El caballero ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, caritativo con los menesterosos, y, sobre todo, mantenedor de la verdad, aunque el defenderla le cueste la vida.»

¡Qué mezquinos á su lado los cuerdos egoístas que le tienen lástima y los capellanes parásitos que le insultan!

Al cabo de trescientos años sigue vibrando en todas las conciencias puras, la réplica dada á los unos y los otros:

«—Mis intenciones las enderezo siempre á buenos fines, que son hacer bien á todos y mal á ninguno.

Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión.

Yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería. Y en este ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.»

Bien conocía al patriciado de su tiempo y justamente despreciaba á los corifeos del *pundonor*, el hombre, el arquetipo ó el epónimo, que discurría, diferenciaba y profetizaba en estos términos, de grave donosura:

«—No todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos, caballeros. Los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; nosotros, al sol, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos al enemigo pintado, sino en su mismo ser, y le acometemos sin mirar en niñerías, ni en las

leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol con otras ceremonias de este jaez que se usan en los desafíos particulares.»

¡Medir toda la tierra con nuestros mismos pies! Programa de ejercitantes y no de ideólogos, divisa de voluntades firmes y no de imaginaciones enfermas. De eso hablaban con terror los patriarcas de la Biblia, para quienes el diablo siempre que se presentaba ante Dios volvía de rodear el mundo.

Cierto que está personificado en Don Quijote el honor verdadero. El que se define por actos, el que no busca la graduación de la ofensa en los Códigos, el que no ha menester de que le partan el sol, pues lo mismo acude al cumplimiento del deber por la noche que por el día; el que, si no quedara en el globo más hombre que su dueño, seguiría gobernándole la conciencia y dirigiéndole la conducta.

Hay que ver al caballero ideal, al príncipe perfecto en el castillo de Pedrola. Hay que admirarle en aquella casa de sandios, mil veces inferiores á él, prestándose sin vacilación al mayor y más amargo entre todos los sacrificios.

El día que allí entró fué el primero en que tuvo noción perfecta de su calidad de andante y en que se alejó de su espíritu una vaga, una pertinaz, una torcedora é inconfesada sospecha.

A la mano de Dios caminaba, seguro de sí mismo y de la eficacia de su ministerio, pero en lo más hondo del alma le rebullía una duda, y harto barruntaba él que no era sino bacía de estaño el mirífico yelmo de oro. Iba como quien sueña y sabe que sueña, procurando no despertar ó despertar lo más tarde posible.

Ya en el palacio de los duques, con los mantos de escarlata, con los rocíos de aguas olorosas, con los requiebros de doncellas enamoradizas, con los honores recibidos en la mesa y el estrado, con las imperiales cacerías y con la promoción de Sancho á gobernador de territorios, se le acabaron de todo en todo los recelos.

Por primera vez creyó de lleno en sí propio; por primera vez fué dichoso, él que no había sido feliz ni infeliz du-

rante cincuenta años; por la puerta grande entró en el cielo, después de haber pasado la adolescencia, la juventud y la edad madura en el limbo.

Pero una noche, la triste realidad, disfrazada de alto deber, llamó con sus nudillos de antipática dueña á las puertas de la alcoba.

Abrió el santo caballero, y prestó corteses oídos á la Bruja. ¿Qué mal aquejaba á doña Rodríguez, y para qué le pedía remedio?

—Tengo una hija muchacha, á quien el hijo de un labrador riquísimo y vasallo del duque, ha seducido bajo palabra de matrimonio. El duque lo sabe, pues me he quejado á él muchas veces y le he pedido que obligue al mozo á cumplir su palabra; pero no me atiende ni apenas me escucha.

—¿Y por qué, señora?

—Porque el padre del burlador es rico, y como le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas, no le quiere discontentar ni dar pesadumbre. Amparadme vos, y obligad al mozo, sea por ruegos ó sea por armas, ya que para enderezar tuertos habéis nacido.

Don Quijote guarda un minuto, sólo un minuto, de silencio. Sabe que va á indisponerse con el duque, y adivina en la hija desenvuelta y en la madre acomodaticia dos despreciables busconas.

Deja, sin embargo, el cielo en que tan á gusto se hallaba y regresa voluntariamente al limbo.

—Dueña, templad vuestras lágrimas, que yo buscaré á ese galán, y le desafiaré, y le mataré, cada y cuando que me viniere con excusas. Mejor le hubiera estado á vuestra moza no proceder tan de ligero, pero el principal asunto de mi profesión es castigar á los soberbios y acorrer á los humildes...

¡Oh, valiente y magnánimo caballero, tú sí que eres el duque!

¡Qué ha de serlo el menguado prócer que inventa de seguida un grotesco torneo, no tanto para divertirse como para evitar una probable desazón al rústico que le alivia las trampas!

El cuento de Sancho, que para mofarse de las distinciones con que fingían honrarte los dueños del castillo de Pedrola recordó aquello del «sentáos, majagranzas, que donde esté yo allí estará vuestra cabecera», no rezó entonces ni rezará nunca contigo.

Tú ocuparás por los siglos de los siglos el lugar de preferencia.

Se ha hecho justicia á la dignidad, á la rectitud y al honor, en tí personificados, y desde el solio han descendido al taburete todos aquellos que te tomaron por blanco de sus ociosas burlas.

Alégrese, pues indudablemente has existido y existes, estos misterios de gozo y de resurrección con que aquí te desagraviamos.

Y reanímete esta confesión nuestra, esta confesión general de que, sin un poco de santa locura, no pueden vivir ni los hombres ni los pueblos.
